



# MI LIBRO

Por MIGUEL DE UNAMUNO

O. Completo  
como VIII

(Para LA NACION)

SALAMANCA, septiembre de 1919

He aquí que cuando me disponía a comentar algunos puntos de vista muy sugestivos que el Dr. Carlos Vaz Ferreira, de la universidad de Montevideo, como ya sabéis, ha expuesto en su libro «Sobre la propiedad de la tierra», me llega en otro libro, el volumen III de sus «Lecciones sobre pedagogía y cuestiones de enseñanza y en él me encuentro una nota en que se me alude y aun interpela directamente y... tomo la palabra. Y voy a hablar de mí mismo sin remedio.

Trando Vaz Ferreira de una actitud que hay que hacer comprender y sentir, la del ya citado Maeterlinck, indicando la posibilidad de modos de sobrevivencia que no son los de la conciencia individual, trae, al pie de la página 105, la siguiente nota: «Más tarde se ha publicado y la doy por incluida en la lista que motiva esta especie de programa — la obra «El sentimiento de lo trágico en los hombres y en los pueblos» de Unamuno. Este renovador de ideas ha conseguido, lo que suele no suceder con los espíritus de ese tipo (recuérdese lo que decíamos a propósito de Diderot) escribir «su libro»; en el cual se trata el problema central con una fuerza y una hondura que podrán ser normales en el pensar, pero que, en el escribir, son completamente excepcionales. Siento no poder extenderme aquí, pero me propongo trabajar mucho sobre los jóvenes con ese libro, tan fecundo cuando se lo aprueba como cuando se le contradice. Yo acabaré corrigiendo el libro (o mejor, complementándolo; pensaría el mismo autor quien debería haber hecho eso): defendiendo un poco a la razón contra Unamuno, precisamente desde el punto de vista unamuniano del «quijotismo». «El quijotismo supremo de la razón humana»... y basta enunciar esto para sugerir todo lo que puede hacer pensar ese libro».

Pues ahora bien me adelanto y digo que no sé si creo que podré saber nunca si mi obra «del sentimiento trágico de la vida» es o no «mi libro». Más de una vez he recordado, lo del humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes de los tres Juanes: Juan según es, Juan según él mismo cree ser, y Juan según lo creen los demás. Mi libro para mí podría ser otro—no digo que lo sea—pero para los demás parece ser ese que anda ya por ahí en francés y en italiano y que lo están virviendo en alemán y en inglés. Lo cierto es que yo no me creía muy capaz de hacer «un libro, «mi» libro. Debo añadir, no sé si con arrogancia o sin ella, que mi libro me creía yo mismo, que en todos los míos he puesto el hombre que soy y que no creo caber en ninguno de ellos. Y el hombre con sus íntimas contradicciones, que son lo que hace su vida. ¿Ponerse todo entero en un libro no es enterrarse en él? Aunque sea para resucitar en cierto modo. Pero para resucitar en otros... y aun cuando estos otros sean como Vaz Ferreira; francamente...»

Pero... él que no vive en otros no puede vivir en sí, sino morirse. Y si ese libro sirve para que me nieguen sirve para darme vida.

Yo digo con Walt Whitman: «Vosotros diréis mis mejores pensamientos, los que yo no llegué a decir» y «encargo que no funde de mí teoría o escuela». Pero el que Vaz Ferreira, u otro de su envergadura mental y cordial, complementa ese mi libro, me parece aún mejor que el que le com-

plemente yo. Además, ya que en mi «Vida de Don Quijote y Sancho» he sostenido poder comprender a Don Quijote mejor que le comprendió Cervantes, ¿cómo he de negar que otro que yo, y más si es un Vaz Ferreira, pueda corregir mi concepción quijotista de la vida y del mundo con esa mi concepción misma?

¿Me dice Vaz Ferreira que debería haber sido yo mismo quien corrigiera o complementara ese libro? ¿Y para qué, si lo hace él o lo hace otro que sepa hacerlo? ¿No es preferible que luego comente yo esa corrección que a mi obra se haga? ¡Cuántas veces la repercusión de un pensamiento nuestro, que es ya otro pensamiento, nos sugiere pensamiento nuevo!

Si está bien eso de la defensa de la razón contra mis ataques. Y si la he atacado tanto—sin duda demasiado y no con justicia siempre—ha sido para defenderme de ella, que me atacaba. ¡Porque es cosa terrible la razón! Nietzsche, a quien le torturó toda la vida el corazón, sólo se libró de ella perdiéndola, volviéndose loco. Y Pascal decía que hay que entontecerse: «il faut s'abêtir». Sólo que hay locuras que no son defecto, sino exceso de razón, son manías razonantes. Maeterlinck alaba a la abeja por el heroísmo con que, fiel a lo que la razón, la lógica le dice, muere contra el vidrio del fondo de una botella puesta a la luz buscando donde está la luz, la salida, mientras la mosca, animal aturrido e ilógico, volando dentro de la botella halla contra luz la salida. Pero aquí la abeja, enloquece por sobre de paciocinío, mientras que la mosca, insecto estético—y que como tal se come la miel que fabrica el insecto lógico—convencida de que el mundo no tiene salida, se pone a pasear por él y así la encuentra.

Si, creo que se puede decir mucho y bueno del quijotismo supremo de la razón humana y espero que algo de eso, mucho y bueno, lo dirá Vaz Ferreira. Y yo me quedaré pagado con habérselo sugerido, y la razón humana me perdonará por eso todo lo que haya podido faltarle, que no es poco.

Y ahora aquí, para entre los dos, Vaz Ferreira y yo, pero de modo que lo oigan todos los demás que quieren oírlo, lo que pasa es que la mayoría de las gentes se retiran aterradas de la visión de ciertas simas del pensamiento humano, que el mundo quiere que se le engañe—«mundus vult decipi»—que unos quieren que se les demuestre que hay un cielo de inmortalidad y otros que se les asegure que llegará un día de justicia y libertad a la tierra. Lo que ocurre es que se llama de ordinario pesimismo a la doctrina superficialísima de que la suma del dolor excede a la del placer o a la de los que niegan que la humanidad se perfeccione, mientras que no se recapacita en lo que lo mismo da que se perfeccione o no, si al cabo todo ha de volver a la inconsciencia de que brotó.

Más de una vez he pensado en fundar una secta que prometiese a sus asociados descubrirles, después de las pruebas necesarias, el secreto de la vida, y cuando se les haya sobado bastante el entendimiento y la voluntad y pidan la iniciación esotérica, declararles que el secreto de la vida es que no hay tal secreto, y si protestaran contra ello llamándose a engaño, añadirles que ni hay vida...

¿El quijotismo de la razón? Sin duda. La razón humana ha llegado a

construir microscopios para pensar-char su mundo. Y lo más sublime que puede verse con el microscopio es una diatomea. ¡Estupendo poema de lo pequeñísimo! ¿Finalidad? ¡Ninguna! ¡Aquello sí que es juego! ¡Aquello sí que es geometría realizada! Una de las mayores lecciones de historia que he recibido fue cuando vi al microscopio—en Pontevedra, no lo olvidaré nunca—y con el mayor aumento posible, diatomeas. Entonces empecé a darme cuenta de que la historia no es más que un calidoscopio cinematográfico movido por la correa sin fin del Acaso.

¿Es que esto del Acaso excluye finalidad? ¿Excluye plan? De ningún modo. No hay tal vez dos conceptos más correspondientes que el de acaso y el de finalidad. Para explicar ciertas leyes—lo que llamamos leyes—químicas se acude al cálculo de probabilidades, y este cálculo no es sino la sistematización teórica del azar, del acaso. El error está en creer que gular. Y toda la filosofía, donde cul el acaso, que el azar, es la más irremedia el quijotismo de la razón humana, no es sino una especie de cálculo de probabilidades.

Hermann Cohen nos da una «Lógica del conocimiento puro»—«Logik der reinen Erkenntnis»—que no es más que la lógica del cálculo infinitesimal e integral, dominada por el concepto de continuidad. Podría escribirse una «Lógica del conocimiento impuro», es decir, del conocimiento histórico, que no sería sino la lógica del cálculo de probabilidades y de la combinatoria. Y sólo con esa lógica se comprende la historia. ¡Lógica terrible! ¡Terrible porque es la lógica de la incertidumbre!

Vosotros, los que busquéis soluciones y certezas, no me las pidáis a mí. No las tengo para dároslos, yeg más, no las quiero para mí. La certeza sería la muerte. El día que la vida deja de ser problema, deja de ser vida. Podéis iros al fondo si queréis, yo prefiero flotar sin ancla. «¿Y para qué todo esto?»—me preguntó uno henchido de angustia. Y yo le contesté: «¿y para qué ese para qué?»

Yo no sé si como Vaz Ferreira dice, el libro que he escrito sobre «El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», es o no mi libro, pero empiezo a creer que pueda llegar a ser uno de los libros de la post-guerra, ahora que tantas pobres gentes acongojadas se preguntan en qué va a parar todo esto y se asustan ante lo que llaman el salto en las tinieblas y predicen el caos. Y lo predicen sin saber que no hay orden mayor, ni más estable, que el del caos.

¿El quijotismo supremo de la razón humana! Sin duda. La razón humana se empeña en racionalizar lo irracional y es ella, la razón, la que para salvarse, se ha sometido a la sinrazón no pocas veces. ¡Cuántas veces no se oye en el campo de la ciencia el grito de Tertuliano: «credo quia absurdum!» Sólo que disfrazado. ¿Qué es el famoso Inconoscible de los agnósticos, más que la racionalización, la limitación, de lo irracional, de lo ilimitado?

Y ahora me quedo aguardando con impaciencia la corrección que con mis doctrinas—¿mías? ¿no impersonales más bien?—Vaz Ferreira haga de lo que en ese mi libro expuse sacándolas más del corazón que de la cabeza.